

Enrique Krauze, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, Tusquets, Colección Andanzas, Barcelona, 1994.

La revisión del siglo XIX mexicano constituye una de las piedras angulares de nuestra historiografía liberal-revolucionaria. La separación esquemática y maniquea de héroes y villanos ha permeado durante décadas la mentalidad de infantes y educadores y hasta de algunos políticos, escritores e historiadores, como lo han mostrado de manera cruda los recientes debates en torno a los fallidos libros de texto.

A contrapelo de esta visión histórica conformista y con pretensiones homogeneizantes, la investigación de Enrique Krauze abre cauces, matiza, polemiza, problematiza y cuestiona certidumbres y lugares comunes, todo en un intento de comprender un proceso histórico bastante complejo y de acercarse a las diferentes figuras de la historia bajándolas previamente del pedestal y tratándolos como lo que se supone que fueron: personas de carne y hueso.

Aquí conviene señalar que más que una anti-historia que reivindique villanos y satanice héroes, al estilo Bulnes, Krauze, por el contrario se sitúa en un horizonte político-cultural más complejo y trata de recuperar la profundidad de los personajes combinando la generosidad y empatía que reclama el viejo Collingwood con la crítica serena y objetiva de un historiador moderno, que sabe conscientemente que sólo desmitificando héroes y villanos los podremos rescatar de la retórica oficial para hacerlos realmente nuestros y con ello comprender finalmente sus retos específicos y concretos.

El siglo XIX constituye un periodo básico para comprender nuestra identidad como mexicanos. La consumación de la independencia de España, en 1821, no produjo como efecto inmediato al nacimiento de la nación. Por lo contrario, la gestación de ésta fue el resultado de un largo y sinuoso camino plagado de obstáculos y dificultades, que incluyó, entre otras cosas, varias guerras civiles, debates políticos ideológicos culturales, invasiones extranjeras e innumerables golpes de estado. En este contexto, uno de los ejes que atraviesa la obra de Krauze se refiere al papel de la cultura política, y la acción de intelectuales y minorías rectoras en la conformación de una

identidad nacional coherente y argumentada. El autor reconoce que no es ésta la única dimensión de la historia nacional, pero destaca su carácter decisivo en la conformación de estos procesos:

*La historia nacional, como quería Tolstoi, debería ser la suma de todas las historias regionales, e incluso, en un extremo imposible, individuales. En este sentido, la historia de México está, en alguna medida, por escribirse. Los principales protagonistas de esa historia serían los caciques. No obstante, hay otra dimensión de la historia nacional, que, aunque limitada en cuanto al reflejo fiel de la vida mexicana en toda su extensión social y geográfica, constituyó, sin embargo, la historia decisiva. Esa historia es la de las minorías rectoras, cuyas acciones e ideas influyeron poderosamente en la vida de todos los habitantes, sin que estos, en la mayoría de los casos, lo sospecharan. (pp. 120-121).*

A partir de esta delimitación de enfoque, que señala su ámbito específico, el análisis de Krauze diferencia tres grandes etapas en la conformación de un proyecto nacional que se inicia con el ciclo criollo de Iturbide a Santa Anna (1821-1854), continúa con la transición de Juárez y la generación de la Reforma, y culmina con la hegemonía de los mestizos durante el porfiriato. La participación de los diferentes caudillos en estas tres etapas, sus alianzas y uniones, sus tensiones, conflictos y rivalidades tienen como telón de fondo la obra de los dos intelectuales más importantes de la historia mexicana durante la primera mitad del siglo XIX: Lucas Alamán y José María Luis Mora.

En efecto, Mora y Alamán construyeron las bases ideológicas y programáticas que articularon a los grupos liberales y conservadores de mediados de siglo, cuya síntesis, paradójicamente, fue enarbolada por la dictadura republicana; el porfiriato, que recogió las principales demandas de Alamán y los grupos conservadores, pero desde una perspectiva políticamente liberal.

La obra de Krauze nos muestra los alcances —y por supuesto, los límites— de un análisis historiográfico que rescata en primera instancia las versiones y testimonios de los propios protagonistas de la época. En este camino fructífero sigue las huellas de Daniel Cosío Villegas y Luis González. El primero, con su cuestionamiento del rumbo de la Revolución Mexicana, reabrió críticamente las compuertas del Porfiriato y la República Restaurada, y el segundo, tuteando a los héroes y desconfiando de solemnidades, exploró las semejanzas y las diferencias de los diferentes grupos políticos de

la segunda mitad de siglo XIX a partir de sus perspectivas generacionales. Sin embargo, el análisis krauzeano nos remite a un matiz muy particular cuya génesis nos obliga a remontarnos más allá de González y Cosío. Su preocupación por un análisis histórico de carácter psicológico nos remite a la obra de Justo Sierra, en particular a dos de sus trabajos de interpretación histórica más logrados: *La evolución política del pueblo mexicano* (1899) y *Juárez: su obra y su tiempo* (1905-1906).

Como Sierra, Krauze escudriña en las biografías del poder de algunos de los personajes más destacados del siglo pasado, explorando sus móviles y resortes psicológicos sin perder nunca de vista las circunstancias específicas de su contexto histórico. Una de las pinceladas más sugerentes del autor es la que se refiere a la postura política y a la manera de ejercer el poder de los criollos durante la primera mitad del XIX, una etapa de transición en la cual la legitimidad y el consenso colonial habían dejado de existir y el Estado-nación con sus nuevas referencias jurídicas y legales estaba todavía lejos de conquistarse. Las reflexiones en torno a la conciencia atormentada de este grupo, su fascinación y rechazo hacia el poder, documentadas en diversos testimonios y referencias biológicas, esbozan una línea atractiva de trabajo, susceptible de ser combinada con otros planteamientos y posturas provenientes de la historia económica y social, con el objetivo de acercarse a la naturaleza del poder en esa etapa clave de la formación del Estado-nación. El dramático suicidio del general Mier y Terán en el mismo sitio del fusilamiento de Iturbide condensa de una manera bastante simbólica las vacilaciones de este grupo en su relación con el poder.

Otro ejemplo significativo de las deudas historiográficas del autor con Sierra es el que se refiere a uno de los capítulos más importantes de la obra, el que problematiza la figura de Juárez. Entre las críticas agudas, pero constructivas de Sierra y la catarsis catastrófica de Bulnes, Krauze se sitúa claramente en la primera línea de trabajo y de esta manera, si bien detecta y puntualiza algunos de los grandes errores y desaciertos del Benemérito, como sus injusticias con algunos de sus colaboradores, como Guillermo Prieto y Santos Degollado, su autoritarismo y manipulación del Congreso para permanecer en el poder, sus increíbles concesiones al gobierno de los Estados Unidos, en complicidad con Ocampo, así como los hilos de continuidad política y económica de su gobierno con la posterior dictadura de Díaz, finalmente lo que resalta más en el texto son las grandes aportaciones de Juárez, como presidente, su enérgica defensa de la legalidad y las instituciones republicanas en un momento en el que el país mismo parecía desintegrarse y romperse en cachitos:

*A Bulnes le asistía la razón cuando señalaba la injusticia histórica de atribuir todo el éxito de la Reforma y la Intervención a Juárez. Ambas epopeyas nacionales —que lo fueron en verdad— tuvieron muchos protagonistas conocidos, otros olvidados, otros más anónimos [...] Pero más injusto sería no reconocer la dimensión excepcional del hombre modesto que siguiendo el llamado de su instinto, huyendo de una postración de siglos, convocaba misteriosa y firmemente, religiosamente, las siempre frágiles voluntades humanas. Bulnes criticó a Juárez, con razón muchas veces, pero Justo Sierra hizo algo más importante: lo comprendió.(p. 291).*

Finalmente, última consideración en torno al éxito comercial del texto y su excelente recepción en nuestro país. Evidentemente, esto constituye un síntoma bastante positivo, que nos indica la existencia de un número cada vez mayor de lectores independientes que sienten la necesidad de alejarse de las certidumbres oficiales y quitarse la cobija protectora de la historia crítica para explorar, sin anteojeras ni camisas de fuerza, las diversas facetas y la gran riqueza heterogénea de nuestro pasado.

No sería conveniente separar esta reflexión del contexto de la crisis política que ha sacudido nuestras conciencias durante los últimos meses. Considero que una posible enseñanza del texto de Krauze consiste en la reiteración de una invitación a leer los diferentes acontecimientos del presente con una perspectiva historiográfica de «larga duración»: si algo nos enseñan los diversos ciclos optimistas y pesimistas por los que ha atravesado este país, desde aquellos sueños imperiales criollos, optimistas e ingenuos, hasta las últimas visiones alarmistas, pesimistas y catastrofistas, realizadas al calor de la invasión norteamericana, es precisamente la necesidad de tomar las cosas en diagnósticos apocalípticos apresurados y voluntaristas, que en el fondo ocultan y enmascaran una postura conformista que sólo lleva a la apatía y al inmovilismo.

Alberto del Castillo Troncoso  
ENAH/INAH